

Sentido y necesidad de la filosofía hoy. La perspectiva de Agnes Heller

Isaías Fernández Belda

Me he decidido a escribir este trabajo sobre el sentido y necesidad de la filosofía hoy en la perspectiva de Agnes Heller por distintas razones:

1. Porque, a mi juicio, tanto la índole de sus planteamientos como su propia formulación reúnen esa difícil cualidad que permite al lector interesado en la temática conectar sin dificultad con sus propias preocupaciones cotidianas, y desde éstas retornar críticamente a los enunciados especulativos sin concesiones al dogmatismo fácil.

2. Porque su pensamiento es capaz de incomodar y acuciar, no sólo por su agudeza y concisión de estilo, sino por la problemática afrontada que se sitúa en el núcleo mismo del interés social y existencial del hombre de hoy.

3. Porque consideramos que el esfuerzo teórico de Agnes Heller constituye uno de los aportes sintéticos y creativos más ricos a la reciente antropología social marxista. De otra parte, la ausencia de concesiones a cualquier tipo de convencionalismos y la fidelidad a los principios y postulados arrancados de la más genuina tradición socialista, hacen de su obra una permanente autocrítica no sólo para el sistema sino para todos aquellos que desde Marx contemplan la sociedad existente con la esperanza orientada hacia la consecución de una nueva forma de relaciones humanas.

4. Porque la reestructuración de la vida cotidiana elaborada por Heller representa, además de un proyecto sociológico consistente, una alternativa desde las exigencias de la ética individual a las realizaciones político-sociales asentadas al amparo de las diversas ideologías.

5. Porque su concepción de una ética basada en la «individualidad» como superación de la «particularidad» y a través de la «comunidad» de hombres libres ofrece un aporte original, para la necesaria reconciliación entre el mundo de la subjetividad y el del materialismo dialéctico de corte post-marxista.

6. Por su aportación al estudio de la historia de la filosofía contemporánea, pues Heller, heredera cualificada y máximo exponente de la línea de pensamiento crítico fundada por György Luckács, en el que incluimos a los estudiosos húngaros de la

¹ HELLER, AGNES. *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península 1977. «Prefacio» de György Lukács, p. 14.

escuela de Budapest (Marküs, Hegedüs, Vajda, Mézaros, Feher) constituye una de las alternativas más serias y elaboradas desde la antropología social y filosófica a las contradicciones teórico-prácticas del marxismo contemporáneo. El mismo György Lukács en el prefacio a la obra de Heller «Sociología de la vida cotidiana»¹, redactado poco antes de su muerte, en junio de 1971, nos pone en antecedentes de la envergadura del trabajo de Agnes Heller que consigue darnos un cuadro conjunto clarificador no sólo de las funciones de la vida cotidiana, sino de su génesis, de sus límites, de su actuar auténtico. Agnes Heller, prosigue Lukács, nos expone los problemas extremadamente importantes de la vida social con mayor claridad, globalidad y disponibilidad para desarrollos ulteriores de lo que habían hecho los escasos autores que hasta ahora se habían ocupado de tan importante tema. Por eso sus escritos representan uno de los estudios básicos en el campo de la investigación sobre la génesis y el devenir del ser social concreto.

Aunque el espectro de la reflexión de Heller presenta gran amplitud temática me ciño en este trabajo a analizar sus perspectivas sobre el sentido y necesidad de la filosofía.

A lo largo de la historia se nos ha dicho que el significado de la filosofía radica en el «amor a la sabiduría», que desde sus comienzos, los filósofos, se afanaron por ser «sabedores de cosas», y que, tanto a los ojos de los demás como a los suyos propios hicieron empresa trascendente de su tarea al arrogarse la misión de «buscar la sabiduría».

Más tarde se nos aseguró que la filosofía era la más inútil de las ciencias porque se esfuerza por conocer lo cognoscible por excelencia hasta los límites de lo absoluto.

En la actualidad se pregona a grandes voces la muerte del filósofo, ya sin tarea concreta, al haberle sido arrebatada la antorcha de la verdad por los corifeos que pregonan la implantación definitiva del reino de lo inmanente.

Es verdad que la filosofía atraviesa hoy uno de sus momentos más difíciles. Se encuentra sumergida en una profunda crisis de identidad, pues la reestructuración de los marcos de convivencia operada en nuestro siglo con la sociedad postindustrial y sus respectivas revoluciones tecnológicas exige de ella una radical profundización en el ámbito que le es propio, delimitando con precisión sus propios objetivos y funciones. No obstante, la auténtica dificultad del momento filosófico actual no radica tanto en esa natural exigencia de los tiempos cuanto en la existencia de una especie de «falsa conciencia» germinada en la interioridad del filósofo que parece impulsarle a tomar posición de trinchera frente al empuje impetuoso de una ciencia que le acusa de banal. Es como si el filósofo, sintiéndose usurpado en sus antiguas funciones, se viese obligado a delimitar un nuevo ámbito, más seguro, a costa de olvidar su pasado.

Heller considera que el sentido más profundo de la crisis de identidad que atraviesa

la filosofía de nuestro siglo es un cierto complejo de inferioridad, porque se le acusa de ser superflua y que la ciencia le ha arrebatado todas sus funciones. No obstante, Heller no cree que haya llegado la última hora de la filosofía, pues nuestro siglo ofrece excepcionales condiciones para alumbrar un nuevo «renacimiento filosófico». Hoy, más que nunca, la filosofía tiene algo importante que decir al mundo, pero para ello necesita no sólo la voz firme y decidida del filósofo, sino que asuma con rigor sus específicas funciones. Si esto se produce la filosofía despertará de su largo letargo invernal y nuestra época podrá convertirse en un nuevo «siglo de la filosofía». Heller afirma que es verdad que hoy nadie discutirá que la filosofía se encuentra en una posición difícil, pero tampoco puede negarse que perdura una cierta necesidad de la filosofía que incluso crece y se profundiza².

Heller cree que no es nada cómoda la posición del filósofo en un mundo caracterizado por el creciente auge de los «saberes especializados» y por la constante demanda de racionalismo crítico, pero es necesario que asuma decidido y sin complejos sus funciones, las que emanan de la propia esencia filosófica, pues de ello depende la supervivencia misma de la filosofía y el reencuentro con su propia identidad. La filosofía ha de declararse partidaria de sí misma, y al mismo tiempo de su propio pasado y de la verdad de su propia esfera. Es la hora de abandonar el disfraz prestado y de hablar el propio lenguaje. Es la hora de declararse partidaria incondicional de su propia estructura que, con seguridad no supera la prueba del racionalismo crítico, aunque no por ello es menos veraz ni siquiera menos inmortal, puesto que sólo puede sucumbir con la humanidad que piensa³.

Si retomamos de nuevo la perspectiva histórica es preciso señalar que la primera presencia de la filosofía en la historia del hombre no fue el resultado de la simple casualidad, ni siquiera de la voluntad de determinadas individualidades, sino expresión y respuesta a unas necesidades comunitariamente sentidas. El hombre de la antigüedad experimentó la carencia de un marco referencial que le permitiese trascender e interpretar su propia cotidianidad. El hombre de la «polis» precisó de un horizonte teórico claro y estructurado que le permitiese establecer las mediaciones adecuadas entre las aspiraciones de cada día y las crecientes exigencias planteadas desde las distintas esferas con que organizaba su comunidad. En respuesta a tales necesidades la filosofía inició su andadura en la historia del hombre, asumiendo como tarea específica la mediación entre lo cotidiano y el conocimiento genérico de la humanidad.

De esta manera, la filosofía, la ciencia y el arte son categorizadas como «objetivaciones genéricas»⁴ y pueden ser definidas como la conciencia y autoconciencia del desarrollo humano. Sin embargo, de forma más precisa, la filosofía surge a partir de la necesidad histórica de una mejor y más profunda comprensión del hombre que desde

² HELLER, AGNES. *Por una filosofía radical*. Barcelona, 2001 Ediciones, 1980, p. 12.

³ *Ibidem*, p. 12.

⁴ HELLER, AGNES. *Sociología de la vida cotidiana*. Op. cit. Segunda parte, pp. 119-123.

la praxis vivida cada día necesitó trascender lo cotidiano para comprender mejor su propio mundo.

En su origen, la filosofía, surgida desde una necesidad de mediación entre el individuo y sus distintas integraciones sociales, se constituye a sí misma como una necesidad más de la vida cotidiana. Nace como «exigencia» y «parte» de la vida cotidiana. Se presenta como vehículo del conocimiento humano que permite orientar la praxis tanto privada como pública del ciudadano. Filosofar es para el ciudadano de la polis una necesidad vital emanada de la vida y orientada hacia la vida⁵.

No obstante, aunque en sus inicios la filosofía emana de las exigencias concretas expresadas en la vida cotidiana y que se establece como ámbito de mediación muy pronto hubo de tomar conciencia de sí misma y fijar sus propias y específicas fronteras. En este segundo momento la filosofía trata de romper sus encorsetados horizontes primitivos y se remonta hacia esferas más «sublimes» que le permiten delimitar, con una nueva y más amplia perspectiva, el marco de su propia autonomía⁶.

Este remontar de la filosofía hacia una nueva perspectiva genérica, conlleva un distanciamiento de las necesidades inmediatas pero no implica una renuncia a sus vinculaciones cotidianas con las necesidades de los particulares, pues revierte de nuevo a ellas desde una dimensión más enriquecida, ensanchada y sugerente: la dimensión de lo permanente, de lo histórico, la perspectiva de las objetivaciones genéricas. De esta manera la filosofía se constituye en la conciencia y autoconciencia del desarrollo humano. En este momento la filosofía encuentra su propia identidad, tiene la oportunidad de clarificar sus contenidos, sus objetivos, sus métodos y sus funciones específicas.

El sentido de la mayor profundización de la filosofía aristotélica sobre Platón hemos de situarlo precisamente en esta perspectiva. El estagirita considera que la filosofía debe remontarse sobre lo cotidiano para describir la esencia del mundo. En su estudio sobre el mundo antiguo, Heller destaca la trascendencia del empeño aristotélico no sólo sobre la misma filosofía sino sobre todo el ámbito de las integraciones. Considera que Aristóteles sitúa la meditación filosófica por encima de la actividad política y que precisamente en esta época se transformó al hombre en hombre privado, en simple filósofo, que medita la esencia del mundo *sub specie aeternitatis*⁷.

En este análisis sobre Aristóteles y el mundo antiguo, Heller cree descubrir el momento decisivo en la reflexión aristotélica, ya que considera que aquí la filosofía se encuentra a sí misma como saber autónomo, delimitando sus propios objetivos y metodología. Es aquí donde define su verdadero sentido como auténtica posibilidad de satisfacción permanente de la exigencia humana de racionalidad. En definitiva, descubre su propia necesidad y trascendencia al tiempo que profundiza en su específica orientación a la praxis.

⁵ PLATÓN, *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1977 p. 1571. HELLER, AGNES. *Aristóteles y el mundo antiguo*. Barcelona, Península, 1983, pp. 67-68.

⁶ HELLER, AGNES. *Sociología de la vida cotidiana*. *Op. cit.* pp. 188-189.

⁷ HELLER, AGNES. *Aristóteles y el mundo antiguo*. *Op. cit.* pp. 123-124 y 68.

Desde esta perspectiva, Heller afirma que la filosofía es «una esfera de objetivación polifuncional» en cuanto que sirve para satisfacer varias necesidades⁸. Estas necesidades, que según Heller encuentran su específica satisfacción a través de la filosofía pueden ser agrupadas en cinco:

⁸ HELLER, AGNES. *Por una filosofía radical*. Op. cit. p. 13.

1. Unión teoría-praxis

La filosofía satisface la necesidad de una elaboración racionalizada de los valores y la necesidad de su aplicación al pensamiento autónomo. En el quehacer filosófico teoría y praxis no existen separadas, aparecen fundidas.

2. Mediación teoría-praxis

La filosofía, como unidad teoría-praxis, resulta apropiada para mediar entre el todo y las partes. Si el hombre aspira a comprender el mundo como totalidad y el lugar que ocupa en él como personalidad única, precisa de la filosofía.

3. Objetivación

La filosofía forma un sistema de objetivación independiente y encerrado en sí mismo, al igual que el arte, la teoría científica y en cierta manera la religión.

4. Racionalidad e integración axiológica

La necesidad de la filosofía consiste básicamente en la satisfacción de la necesidad de una racionalidad axiológica que permita al hombre comprender el mundo como totalidad y el puesto que ocupa en él. En este sentido la filosofía presenta un gran componente de orientación axiológica.

5. Racionalidad desfetichizada

El objetivo central de la filosofía es simplemente un valor, acaso variable, cuya función consiste en la desfetichización del ser. La filosofía permite satisfacer la necesi-

dad de racionalidad axiológica desmitificada desde el punto de vista de una forma de vida constituida y afirmada por ella, a cuya luz critica la insignificancia del ser. No obstante, esta necesidad sólo puede satisfacerla ella misma.

En síntesis, podemos afirmar con Heller, que la filosofía ha venido a ocupar un lugar específico en la historia como exigencia de satisfacción a una serie definida y específica de necesidades humanas que solamente ella podía satisfacer. Estas necesidades se pueden englobar en una doble direccionalidad:

- a) Necesidad de mediación entre la teoría y la praxis, entre el todo y las partes, lo general y lo concreto.
- b) Necesidad de racionalidad axiológica que permita la consecución de unos valores humanos concebidos racionalmente, de forma libre, desfetichizada y sin prejuicios.

Precisamente como función práxica de esta satisfacción de necesidades surgió en el pasado la filosofía. No obstante, hemos de preguntarnos si la afirmación de tales necesidades sigue teniendo vigencia en nuestro siglo o podrá seguir teniéndola en el futuro, a pesar de las profundas transformaciones operadas en el ámbito de las relaciones humanas por la especial influencia de factores de reciente aparición en el orden social, político, económico, cultural y sobre todo en esa esfera de objetivaciones ocupadas por las ciencias positivas.

A este respecto la respuesta de Heller es contundente e inequívoca: la necesidad de la filosofía trasciende la barrera de los tiempos y de las particularidades para instaurarse en el horizonte permanente de las necesidades genéricas. Más aún, mientras mayor sea la complejidad alcanzada por el ámbito de las objetivaciones, mayor será la necesidad de una filosofía que ofrezca y exija al mismo tiempo la posibilidad de una mediación axiológicamente orientada a la vida cotidiana de los particulares⁹.

Esta necesidad de la filosofía, insiste Heller, se hace más acuciante en un mundo como el nuestro caracterizado por una creciente secularización de la vida cotidiana al haber dejado de ser criterios orientadores de la praxis las mediaciones de índole religiosa, pues la filosofía es necesaria a todo individuo, y tanto más cuando la religión ha dejado de ser vehículo de la moral y de la imagen del mundo. Es necesaria porque el individuo quiere saber por qué y para qué vive. La filosofía puede desfetichizar el mundo en que vive el hombre explicándole en qué tipo de mundo vive y cómo puede vivir en él de la forma más sensata.

El hombre de hoy necesita de esta filosofía auténtica que cumpla con sus funciones específicas, que sea mediadora entre la teoría y la praxis y ofrezca una norma clara de orientación axiológica. El hombre actual busca precisamente una respuesta unívoca a la pregunta de cómo se debe pensar, actuar, de cómo se debe vivir. Precisamente busca una respuesta filosófica, original y creadora.

⁹ *Ibidem*, pp. 46 y 12.